

# LA MECANICA

POR MARISSA MEYER

El levitador esperaba justo afuera de la puerta noroeste del palacio. Kai fingió indiferencia conforme caminaba en los jardines del palacio, con el ligero cuerpo de androide de Nainsi bajo un brazo y una mochila con una sudadera encapuchada colgando en el hombro opuesto. No se veía apresurado, pero tampoco parecía deambular. Aparentaba no darse cuenta si los demás lo notaban o no. No era como si no pudiera ser rastreado. Tenía nada menos que dos chips de identidad bajo su piel, y su equipo de seguridad era experto en tenerle los ojos encima.

No era un secreto que se estaba yendo.

Pero tampoco quería que todos lo supieran.

El día era el más caluroso de lo que había sido toda la semana y la humedad hacía que su cabello se rizara tras su nuca. La puerta del jardín se abrió sin emitir sonido, pero podía sentir a la cámara de seguridad siguiendo sus movimientos desde arriba. La ignoró y se caminó hacia el levitador con la misma confianza inquebrantable con la que fue enseñado a hacer toda tarea, sin importar lo trivial que fuera. Pasó el chip de identidad incrustado en su muñeca frente al escáner del levitador y la puerta se abrió en un suspiro, dando lugar a un espacioso interior tras el cristal oscurecido. Los altavoces instalados reprodujeron la relajante música de flautistas. Aunque el ambiente había sido aclimatado a una temperatura agradable, había una cubeta de hielos en una esquina que aún tenía gotas de agua en el borde. Se desplegó una selección de aguas saborizadas y té helados.

Kai acomodó a Nainsi primero antes de sentarse en uno de los tapizados asientos. La puerta se cerró, y se dio cuenta de que, a pesar de la tranquilidad que reinaba en el levitador, su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Buenas tardes, su Alteza Imperial. ¿A dónde se dirige?— preguntó el levitador con una artificial voz femenina.

Se secó una gota de sudor antes de que pudiera alcanzar su sien. —Al mercado, en el centro de la ciudad—.

El levitador comenzó a ascender y se alejó suavemente del palacio, serpenteando por las murallas exteriores antes de adentrarse en Nuevo Pekín. A través del cristal oscurecido, Kai podía ver la reluciente ciudad con sus estructuras de metal y vidrio que brillaban bajo el sol de la tarde.

Amaba esa ciudad. Amaba ese país.

Arriesgaría todo para protegerlo.

Inhalando profundo, tomó el portavisor de su cinturón y se conectó a la red. El perfil que había buscado hace unos días apareció en la pantalla principal.

### **LINH CINDER. MECÁNICO CERTIFICADO.**

**UBICACIÓN: MERCADO CENTRAL DE NUEVO PEKÍN, LOCAL #771**

**480 RESEÑAS, 98.7% CLIENTES SATISFECHOS**

No había fotografía del mecánico o de la tienda, pero Linh Cinder tenía la reputación de ser el mejor mecánico de la ciudad, y el porcentaje de aprobación era mayor que cualquiera que Kai hubiera visto antes. Había oído de Linh Cinder por primera vez por parte de uno de los mecánicos del palacio encargado de mantener en buen estado a los androides reales. Cuando fallaron en establecer un diagnóstico claro de Nainsi después de correr las pruebas básicas, el nombre de Linh Cinder vino a su mente como la mejor opción para reparar al androide.

Por supuesto, debieron pensar que Kai estaba loco al mostrar tanto interés en un androide.

*Ordenaremos uno nuevo, dijeron. Será financiado por el presupuesto del palacio. Ese es el procedimiento estándar. Después de todo, sólo es un androide tutor, programado con unas cuantas aplicaciones de ayuda. Es fácilmente reemplazable, su Alteza. No es nada de que preocuparse.*

Pero se equivocaban. Nainsi no era fácilmente reemplazable. La información que tenía, o que Kai esperaba que tuviera, no era fácilmente reemplazable en lo absoluto.

Regresó su portavisor a su cinturón y se acercó al androide, mirando la luz de sensor que había estado apagada por días. Oprimió el pequeño botón de encendido otra vez. Nada ocurrió, otra vez.

Suspiró, había tenido largo rato la esperanza de que Nainsi despertara de la nada y compartiera con él todos sus secretos. Sus celdas de combustible estaban correctamente cargadas, y de acuerdo con los análisis de diagnóstico, todo funcionaba perfectamente. Nadie podía adivinar qué estaba fallando, y no pudo haberlo hecho en un momento peor.

—Estamos muy cerca— susurró para sí. Recargándose en el asiento, se pasó una mano por el cabello. La frustración se había vuelto poco menos que insoportable desde hace

semanas, desde que la Taumaturga Lunar, Sybil Mira, había venido en una 'misión diplomática'. Era una bruja. Una horripilante bruja lava-cerebros. El sólo saber que ella se encontraba en el palacio hacía que Kai apretara los dientes de rabia. Era como si pudiera sentir sus ojos siguiéndolo, o sentirla respirar en su nuca, incluso cuando no estaba en la misma habitación. No sabía si era paranoia o algún truco lunar, lo único que sabía es que no podía esperar a que se fuera y dejara en paz a él, a su familia y a su país.

Entonces su padre enfermó.

No, ni siquiera era enfermedad. Su padre contrajo la plaga. Se estaba muriendo, y no había absolutamente nada que Kai pudiera hacer para detenerlo.

Y ahora esto. Nainsi fallando justo cuando creía que había encontrado algo útil algo invaluable.

Algo relacionado al paradero de la Princesa Selene.

Sabía que era un riesgo. Si Sybil Mira, o cualquier otro lunar, sabía que estaba tratando de encontrar a la princesa perdida, podía conducir a una catástrofe política entre la Tierra y la Luna. Sabía que la reina Levana no perdonaría el hecho de que trataba rotundamente de derrocarla.

Pero era un riesgo que valía la pena tomar. Encontrar a Selene y colocarla en el trono era su mejor oportunidad, y posiblemente la única, de librarse de la reina Levana y sus amenazas a la Comunidad. Amenazas de guerra. Amenazas de esclavitud masiva.

O quizá peor... amenazas de alianzas matrimoniales.

No podía sobrellevar eso. Tenía que apresurarse y encontrar a la verdadera heredera Lunar antes de que fuera demasiado tarde.

Él y Nainsi habían estado investigando por meses, y aunque se habían topado con incontables rumores falsos y callejones sin salida, después se dio cuenta de haber dado con algo. Nainsi había escuchado de un doctor lunar sospechoso de inmiscuirse en la desaparición de la princesa, y de una potencial relación con una mujer terrestre años atrás.

Era una pequeña esperanza, la más insignificante de las esperanzas, pero algo le decía a Kai que debía haber más. Le ordenó a Nainsi buscar toda la información que pudiera de ese doctor y de la mujer terrestre, pero apenas dos días después... nada.

Nainsi murió repentinamente.

Era suficiente para hacerle querer golpear su cabeza con el tablero de control del levitador.

—Nos acercamos al centro de la ciudad— canturreó la voz robótica, sacando a Kai de sus pensamientos. —¿Dónde le gustaría estacionar?—.

Miró por la ventana. Las calles permanecían envueltas en las sombras de los rascacielos. Los escaparates mostraban luminosos anuncios y prístinos modelos androides exhibiendo las últimas modas y accesorios. A una cuadra de ahí divisó el mercado, con sus apretujados puestos y bulliciosas multitudes.

—Aquí está bien— dijo, sacando de la mochila una sudadera gris con capucha que contrabandeó del palacio, la mas discreta prenda de ropa que tenía.

El levitador aterrizó al borde de la calle. Los imanes zumbaron en cuanto tocaron el suelo. —¿Debo esperar a que vuelva?—

—Por favor— dijo, metiendo sus brazos en las mangas y abrochándose el cierre.

—No debería tardarme mucho—.

Consideró darle un tiempo límite: *Si no vuelvo en una hora, seguramente fui acorralado por un paparazzi y una multitud de chicas escandalosas, por lo que deberás enviar a la guardia real a por mi.* Pero el simple hecho de pensarlo le hizo sentir melodramático, así que se limitó a ponerse la capucha y a salir del levitador, arrastrando el formado cuerpo androide de Nainsi tras de sí.

No había avanzado mucho cuando el caos del mercado sobrepasó sus sentidos. El olor a té de limón, jengibre y carne asada. El sonido de niños risueños y ruidosos tenderos que anunciaban sus ofertas. El húmedo calor que, a pesar de estar a la sombra, empapaba su sudadera y le sofocaba completamente. Bajó un poco el cierre de la sudadera conforme avanzó, pero no se atrevió a quitarse la capucha. Lo último que quería era llamar innecesariamente la atención.

Y el problema de ser el príncipe es que la atención siempre estaba sobre él.

Príncipe, y heredero a la corona.

No, no podía pensar en ello ahora. Lo paralizaría. El pensar en perder a su padre, sobretodo por la misma plaga devastadora que se llevó a su madre años atrás. El pensar en ascender al trono. El pensar que toda esa gente confiaría en que haría lo correcto,

que tomaría las mejores decisiones. Era demasiado. Todavía no estaba listo. Todavía no. Quizá nunca lo estaría.

Tragó saliva amargamente. Tenía que concentrarse en una sola cosa hoy: asegurarse de que Linh Cinder pudiera reparar a Nainsi.

Una vez que Nainsi estuviera reparada podía seguir con su búsqueda de la princesa.

Dejó escapar una bocanada de aire, y cuando inhaló de nuevo, dejó que el olor a comida callejera e incienso le concentraran de vuelta en el mercado. Se atrevió a levantar la cabeza un poco para ver los alrededores. Aunque su madre lo había llevado al mercado algunas veces cuando era joven, habían pasado años desde la última vez que estuvo ahí, y se tomó un momento para leer los números estampados en los toldos o los marcos metálicos. Giró a la derecha y se adentró en la multitud, pasando barriles de arroz y mesas con mangos, alfombras tejidas a mano y pantallas y portavisoros rebajadas, que no eran más que imitaciones de marca.

Finalmente lo vio. Sabía que era el puesto de la mecánica incluso antes de verificar el número estampado: 771. Había un montón de estanterías en el local, llenas de extremidades de androides oxidadas, páneles de levitadores dentados, cientos de tuercas y tornillos, y cientos de herramientas distintas de las que Kai ni siquiera podía determinar para qué se usaban. Había una mesa en la entrada del local, cubierta con una tela grasosa y con varios cables y desarmadores dispersos en ella. Había un pequeño pie metálico ahí, quizá para un androide, o incluso un ciborg. Se veía tan desencajado con el resto de las cosas que Kai casi se echó a reír.

Aunque su diversión se vio reemplazada por desaprobación pronto.

A pesar de que la cortina metálica del local estaba abierta, no había nadie tras el mostrador. Extrañado, dejó caer a Nainsi sobre la mesa con un ruido sordo.

Escuchó una expresión de sorpresa y otro ruido en la mesa, luego apareció una chica de debajo de la mesa, frotándose la cabeza. Miró a Kai, con una expresión claramente molesta.

Luego se congeló.

Kai podía decir con certeza el momento preciso en que lo reconoció.

Su sonrisa ya era instintiva. En parte pedía disculpas, en parte era amable. Y era ligeramente encantadora, claro, porque, de entre todas las cosas que esperaba

encontrar en este viaje al mercado, toparse con una chica linda de cabello desaliñado y guantes de trabajo sucios no era definitivamente una de ellas.

—Lo siento— dijo. —No me di cuenta de que había alguien ahí abajo—.

La chica se quedó boquiabierta por un segundo, luego dos, y después tres, antes de ponerse de pie de un salto e inclinar su cabeza en una torpe reverencia. —Su Majestad—

Haciendo una mueca, Kai miró a la multitud por encima del hombro. Nadie lo había reconocido todavía. Se volteó hacia ella rápidamente y se inclinó hacia adelante. —Tal vez deberías evitar...—Se llevó un dedo a los labios. —Lo de Majestad y esas cosas—.

La chica asintió, pero todavía había un atisbo de desconcierto en su rostro, y no estaba completamente seguro de que hubiera entendido la importancia de mantenerse de incógnito.

—Claro. Por supuesto. ¿En qué puedo...? ¿Qué estás...?— hizo una pausa, haciendo una mueca, y bajando la mirada hacia su pecho. A juzgar por esa reacción, Kai diría que estaba avergonzada, pero no se veía sonrojada. O al menos, no todavía.

—Busco a Linh Cinder— dijo Kai, aún culpable por haberla sorprendido así. — ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?—.

Jugueteó con el borde de su guante izquierdo. Pensó que iba a quitárselo, después de todo, debían ser tan incómodos como su sudadera, pero no lo hizo. — Yo...Yo... Yo soy Linh Cinder—.

Kai se sorprendió. Debía haber un error. Tal vez no escuchó bien. Quizá Linh Cinder era el apellido de su familia, tomado de algún tío o algo así.

La chica tenía más o menos la edad de Kai, quizá era un poco menor.

Puso una mano sobre la protuberante cabeza de Nainsi, inclinándose aún más hacia adelante. —¿Tú eres Linh Cinder?—.

—Sí, su Majes...— vaciló otra vez, mordiéndose el labio para suprimir el título real. Ese pequeño y avergonzado gesto era sorprendentemente encantador.

—¿El mecánico?—.

La chica... no, Cinder, asintió. —¿En qué puedo ayudarlo?—.

El renombre. La reputación. El porcentaje de aprobación. El mejor mecánico de Nuevo Pekín era... ¿una adolescente?

Kai estaba intrigado. Estaba sorprendido, claro, pero aún más, estaba *impresionado*. Después de todo, todavía necesitaba ayuda para instalar el software cada vez que actualizaba su portavisor. Mientras que esta chica tenía su propio negocio de mecánica.

Kai siempre se había mostrado curioso de la gente en general. Torin decía que esa era una cualidad que lo convertiría algún día en un fuerte emperador. Y ahora tenía aún más interés en saber más. ¿Cómo entró ella en este negocio? ¿Dónde aprendió a hacer todo esto? ¿Cuántos años tenía?

Pero Linh Cinder, inconsciente de todo su asombro, todavía miraba su pecho. Seguía mordiendo su labio.

Kai se agachó, poniéndose directamente en su línea de visión, obligándola a mirarlo a los ojos. En cuanto se aseguró de que le devolviera la mirada, sonrió otra vez. Trataba de ser amigable, incluso confortador, pero por la forma en que abrió los ojos, notó que más bien la asustó más.

Al menos cuando se enderezó, se dio cuenta de que levantó la mirada.

Tenía el cabello recogido en una coleta, con desaliñados mechones de cabello que caían sobre su frente. Parecía como si no se hubiera arreglado el cabello o la ropa esta mañana, o... nunca. Era linda, pero no una hermosura. No lo notabas fácilmente, sino hasta que te tomaras el tiempo de mirarla.

Kai se dio cuenta sorpresivamente que la estaba mirando.

Inmediatamente notó una mancha de aceite en su frente, medio cubierta por sus mechones. Ahogó otra risa de inmediato.

Era tan adorable, y sumamente diferente de las acicaladas y adornadas chicas con las que estaba acostumbrado a tratar, y se vio tentado a inclinarse sobre la mesa y limpiar la mancha con sus dedos.

Reprimió sus dedos. Se reprimió a sí mismo. Necesitaba controlarse enteramente.

—No eres exactamente lo que esperaba— dijo, esperando que no captara todo lo que significaba la expresión.



—Bueno, tú tampoco eres exactamente... lo que... este...—. Cinder se aclaró la garganta y bajó de nuevo la mirada, esta vez hacia Nainsi. Se acercó el androide. — ¿Qué le ocurre a la androide, su Alteza?—.

Kai dejó caer ligeramente los hombros, sin poder decir si era por decepción, o alivio o una mezcla de ambos. Nainsi. Había venido aquí por Nainsi. Y por la Princesa Selene. Y para salvar al maldito mundo de la reina Levana y de su completamente cruel y aborrecible raza.

—No consigo que encienda. Funcionaba perfectamente un día, y al otro, nada—

Cinder le dio la vuelta al androide. —¿Le había dado problemas alguna vez?—.

—No—. Desviando su mirada de la mecánica, Kai miró la mesa. Su atención se centró de nuevo en el pequeño pie metálico, así que lo tomó. —Los mecánicos reales le hacen una revisión mensual y este es el primer problema serio que ha tenido—.

El pie era pequeño, tanto así que cabía fácilmente en la palma de su mano, y se veía como si hubiera sido arrojado a un compactador de basura hace años. Las articulaciones eran rígidas, y chillaron cuando movió los dedos, las juntas de la cubierta metálica tenían grasa adherida. Un montón de cables desordenados salían de la abertura del tobillo, y Kai ni siquiera podía figurarse para qué servían. ¿Cómo podían un montón de cables imitar las habilidades motoras finas? Por más vueltas que le diera, lograba sorprenderle cada vez que lo pensaba, aunque, para ser honestos, no es que le hubiera dado mucha consideración antes.

Notó una huella digital marcada en uno de los lados del pie y la limpió con la manga, fue entonces cuando se dio cuenta de que Cinder lo miraba.

Se detuvo, sin estar seguro de por qué se sentía como si hubiera sido atrapado haciendo algo que no debía.

Pero en vez de decirle que dejara sus cosas en paz o algo así, Cinder se limitó a decir: — ¿No tienes calor?—.

Parpadeó. Casi se había olvidado del calor y la humedad, pero mencionarlo hizo que las sintiera de nuevo. Pudo sentir el sudor en su nuca, y cómo se le pegaba el cabello al cuello.

—Me estoy asando— confesó. —Pero trato de pasar desapercibido—.

Pensó que Cinder diría alguna otra cosa, pero en lugar de ello, regresó su mirada a Nainsi y abrió el panel de control de su espalda. —¿Por qué no intentan arreglarla los mecánicos reales?—.

—Lo han intentado, pero no saben qué le ocurre. Alguien me recomendó que la trajera—. Kai puso el pie de vuelta en la mesa, y puso su atención en las estanterías del local. Cuantas piezas, herramientas y partes. Cuantos misterios. —Dicen que en cuanto a mecánica no hay quien te gane, aunque esperaba encontrar a un hombre mayor—.

Lo dijo en son de broma, pero ella no rio. —¿Eso dicen?— dijo, sin retirar la vista de las entrañas de Nainsi. Quería que dijera algo, que le contara un poco cómo se las arregló para ganarse tal reputación tan rápidamente, pero sólo dijo: —A veces simplemente se desgastan. Tal vez sea momento de reemplazarla por un modelo nuevo—.

Tuvo que procesar las palabras un momento antes de caer en cuenta de que se refería a Nainsi.

Kai negó con la cabeza, a pesar de que la chica no lo miraba. —Me temo que no puedo. Contiene información confidencial, y es cuestión de seguridad que la recupere... antes de que lo haga otra persona—. Trataba de sonar misterioso. Ocurrente incluso, a pesar de que era la verdad.

Cinder levantó la mirada, a juzgar por su expresión, era obvio que trataba de adivinar a qué se refería.

Fingió indiferencia antes de declarar: —Es broma. Nainsi fue mi primera androide. Es sólo una cuestión sentimental—.

Cinder guardó silencio desconcertantemente. —Seguridad nacional. Que gracioso—.

Era el cumplido más seco que hubiera escuchado. No le causó gracia. Era como si supiera que estaba mintiendo.

Quizá, se le ocurrió de repente, quería que creyera que mentía. Que creyera que tenía asuntos de vida o muerte que requerían su ayuda. Tal vez trataba de impresionarla, aunque fuera un poco.

Lo que era absurdo.

Él era un príncipe.

Aun más, era *el* príncipe.

A lo mejor el título por sí solo no hacía gran diferencia, pero Kai había pasado gran parte de su vida tratando de hacerlo más que un simple título. Estudió la historia y política de su país, asistía a cenas con los dirigentes de estado, y preguntaba a los miembros del gabinete de su padre temas de política pública. Observó una y otra vez los discursos de su padre hasta que pudo escribir por su cuenta un discurso perfectamente redactado, no fue sino hasta que creció cuando supo que su padre tenía redactores profesionales que le escribían sus discursos. Hacía ya mucho tiempo atrás cuando tomó la resolución que su derecho de nacimiento sería merecido, que los libros de historia no lo condenarían como un emperador indigno de su puesto. Y aunque a diario lo asaltaban cientos de dudas, sabía, muy en el fondo de su ser, que estaba dando su mejor esfuerzo.

Y también había pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que se encontró a alguien que no se viera impresionado por ello, así como fue la última vez que le importó de verdad.

—Modelo Tutor 8.6— dijo Cinder, leyendo el panel de Nainsi. —Parece que está en óptimas condiciones—. Kai iba a decir que estaba de acuerdo, pero antes de que pudiera hacerlo, Cinder levantó el puño y golpeó con fuerza uno de los laterales de la cabeza de la androide. Kai dio un respingo. La androide salió disparada al borde de la mesa, pero Cinder la atrapó con facilidad antes de que cayera al suelo. Parecía casi, casi tímida cuando dijo: —Te sorprendería saber lo a menudo que funciona—.

Kai rio, casi avergonzado. Ya no sabía exactamente quién trataba de impresionar a quién... o si alguien había tenido éxito. —¿Estás segura de que eres Linh Cinder? ¿El mecánico?—.

Una aguda voz los interrumpió, junto el crujido de orugas de tracción avanzando en el pavimento. —¡Cinder! ¡Lo tengo!—.

Kai se dio la vuelta y se encontró con una androide sirvienta avanzando hacia ellos, con su sensor azul destellando alegremente.

El androide puso un segundo pie robótico sobre la mesa, se veía platinamente brillante y limpio en comparación al viejo. —Supera con creces al viejo, apenas está usado y a primera vista el cableado parece compatible. Además, conseguí que el proveedor me lo dejara solo por seiscientos univs—.

La mecánica tomó el pie nuevo y lo puso detrás de la mesa —Buen trabajo, Iko.

Nguyen-shifu estará encantado de tener un recambio de pie para su escoltandroide—.

—¿Nguyen-shifu? No proceso—.

Con una sonrisa nerviosa, Cinder hizo un gesto hacia Kai. —Iko, por favor, presenta tus respetos a nuestro cliente.... Su Alteza Imperial—.

El androide echó para atrás la cabeza. Aunque los androides no tenían género, muchos chips de personalidad eran programados para identificarse de manera masculina o femenina, y a juzgar por la aguda voz que tenía, obviamente era una chica. Era fácil simpatizar para Kai, después de todo, Iko tenía un cuerpo muy similar a Nainsi, a quien siempre había considerado una chica también.

El sensor del androide parpadeó cuando escaneó el rostro de Kai. —Príncipe Kai— dijo, su voz se había vuelto sorprendentemente suave. —Es incluso más atractivo en persona—.

Kai rio, una repentina e incontrolable risa que se le había escapado antes de que pudiera contenerla. —Es suficiente, Iko— dijo Cinder. —Entra—.

El androide obedeció, agachándose para pasar por debajo de la mesa.

Aun sonriente, Kai se recargó en el robusto marco de la puerta del local. —No se ven androides con tanta personalidad todos los días. ¿Tú la programaste?—.

Cinder sonrió levemente también, y aunque parecía un poco mordaz, Kai sintió como si hubiera hecho un avance. —Lo creas o no, vino así de fábrica. Sospecho que se trata de un error de programación, lo que explicaría por qué mi madrastra la consiguió tan barata—.

—¡No tengo un error de programación!— repuso Iko con su chirriante voz desde los estantes del fondo.

Kai sonrió de nuevo. Cinder encontró su mirada por un instante antes de apartarla. De vuelta a Nainsi.

La razón por la que estaba aquí. La muy importante razón para estar aquí.

*¿Por qué estaba tan distraído?*

Se desabrochó un poco más el cierre de la sudadera. El calor se estaba volviendo insportable. La camisa estaría empapada de sudor para cuando regresara al levitador, pero agradecía que el sudor todavía no se notara en la sudadera.

—¿Y qué opinas?— preguntó

—Tendré que ejecutar los diagnósticos. Me tomará unos días, quizá una semana—. Cinder se retiró un mechón de cabello detrás de su oreja y se sentó en una silla.

Fue entonces cuando Kai se dio cuenta de que temblaba un poco. Quizá Cinder estaba deshidratada.

Se le ocurrió ofrecerle un poco de agua, pero luego recordó que tenía una androide asistente para que hiciera esas cosas por ella. Así que, en lugar de ello, extendió su muñeca hacia ella y preguntó: —¿Hay que pagar por adelantado?—.

Cinder rechazó la propuesta con gesto aun antes de que terminara. —No, gracias. Será un honor repararla—.

Abrió la boca para protestar, pero vaciló. No era raro que algo así pasara cuando negociaba con dueños de pequeños negocios, parecían creer que su mecenazgo era suficiente paga, quizá la publicidad que obtenían de ello. Sugerir un pago usualmente conducía a que los vendedores se sintieran ofendidos y a que él se sintiera como un estafador.

Bajó su brazo y puso su mirada sobre Nainsi otra vez. —Supongo que sería mucho pedir que estuviera lista antes de las fiestas, ¿verdad?—.

—No creo que haya problema con ello— dijo Cinder, cerrando el panel de Nainsi.

—Aunque sin saber qué le ocurre exactamente...—.

—Lo sé, lo sé—. Kai metió sus pulgares en los bolsillos de la sudadera y jugueteó balanceándose sobre sus talones. Desde que había comenzado a buscar a la princesa Selene, había soñado con anunciar su descubrimiento e inmediato reclamo del trono en el baile anual. Después de todo, era una celebración de la paz mundial. No podía pensar en mejor regalo para su país que deshacerse de la reina Levana, el más astuto y embaucador de sus enemigos. —Será mejor que no me haga ilusiones—.

—¿Cómo me pongo en contacto con usted cuando esté lista?—.

—Envía una comm al palacio— Kai se detuvo, recordando a Sybil Mira, el esbirro personal de la reina Lunar. Recordando lo importante que era que no llegara a sospechar siquiera que buscaba a la princesa perdida, o que estaba haciendo algo para derrocar el reinado de Levana. Rápidamente, añadió: —¿O estarás por aquí la próxima semana? Podría darme una vuelta—.

Iko exclamó desde la trastienda: —¡Por supuesto! Todos los días de mercado.

Pasa a visitarnos cuando quieras. Estaremos encantadas—.

Cinder hizo una mueca. —No tienes que...—.

—Será un placer—.

No era mentira. No sólo le permitiría efectuar esa transacción discretamente, sino que aseguraría recoger a Nainsi en persona, en lugar de ser entregada a alguna asistente anónima en el palacio. Aunque... también aseguraba ver a Linh Cinder de nuevo.

Tal vez podría aprender un poco más de ella. Tal vez podría hacerla sonreír. Sonreír *de verdad*. Tal vez...

Tal vez Kai necesitaba encontrar otro hobby.

Se despidió inclinando la cabeza. Cinder devolvió el saludo, pero no se levantó o lo reverenció, mostrando amabilidad profesional, pero sin tanta cortesía real a la que estaba acostumbrado. Era una especie de alivio.

Tiró de los bordes de la capucha de nuevo, se dio la vuelta, y se adentró nuevamente en la bulliciosa multitud.

Se sentía más aliviado de lo que se había sentido en días, y se dirigió directamente al levitador. Sabía aún no resolvía nada. Su padre seguía moribundo, su país estaba en peligro y Nainsi no podría compartir sus secretos todavía.

Pero Linh Cinder tenía algo. Algo que denotaba capacidad y confianza, incluso si se había mostrado nerviosa al hablar con él. Ella tenía algo que iba más allá de una inesperada reputación.

El nudo de frustración en su pecho cedió, sólo un poco. Linh Cinder iba a resolver este problema. Sabía que lo haría. Ella iba a arreglar a Nainsi, y entonces recobraría la información perdida de la princesa. Encontraría a Selene y, por primera vez en mucho tiempo, la Tierra tendría una verdadera alianza con la Luna.

Se sentía más optimista cuando salió del mercado central. Más optimista de lo que había estado en semanas. Esa mecánica iba a cambiarlo todo.